

5. UNA HISTORIA CON PARALELISMOS PARA UN PRESENTE Y UN FUTURO COMPARTIDOS

José Luis Rodríguez Zapatero

Ex-Presidente del Gobierno de España

Ante todo, quiero expresar cuánto me place participar en este libro conmemorativo del setenta aniversario de las relaciones diplomáticas entre la República de Corea y España. Siento una gran simpatía y admiración por este país asiático, sentimientos que fraguaron a partir del conocimiento que de él adquirí en mi etapa de Presidente de Gobierno.

Más allá de la distancia geográfica que las separa y de su diferente tradición cultural, suelen destacarse las afinidades existentes entre nuestras dos naciones. Hay dos muy evidentes, República de Corea y España son dos países peninsulares con una población y PIB semejantes, lo que les convierte en Estados con una dimensión comparable. Pero, además, Corea y España sufrieron sendas guerras civiles que trascendieron, con un trasfondo ideológico, sus fronteras. Mientras que la Guerra Civil española precedió a la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de Corea, que dividió traumáticamente al país, fue uno de los primeros escenarios de la llamada Guerra fría. Y de ambos conflictos civiles surgieron regímenes autoritarios con modelos de autarquía económica.

Quizá los análogos avatares de esa historia aun reciente explica el común afán, tan poderoso, de progresar y modernizarse exhibido durante las últimas décadas por ambos países. No es infrecuente que se invoque -las cifras económicas lo acreditan- que Corea y España han protagonizado en este tiempo la modernización económica más intensa entre los países pertenecientes a la OCDE.

A lo que enseguida debe añadirse que ese desarrollo económico desembocó, en uno y otro caso y naturalmente en un contexto y con unos ritmos diferentes, en un proceso de apertura democrática. En 1977, España celebraba sus primeras elecciones democráticas en cuatro décadas. Diez años después, Corea hacía lo propio. El país asiático alentado por la aspiración colectiva de alcanzar algún día su reunificación, el ibérico reencontrándose con el proyecto europeo y uniendo a él su destino. Significativamente, las dos naciones mostraban su progreso al mundo con la celebración, consecutiva, de los Juegos Olímpicos, en Seúl (1988) y en Barcelona (1992).

Alcanzar tan rápidamente, en términos históricos, la condición de países desarrollados ha traído consigo otras constantes sociales que abundan en las analogías. La

urbanización de la población, la incorporación de las mujeres al mercado laboral, la incontenible dilatación del horizonte de vida, la baja natalidad, el envejecimiento de la sociedad... son rasgos evolutivos que coreanos y españoles compartimos. También, uno de los indicadores de referencia para medir el bienestar social -el índice de Desarrollo Humano (IDH), que se calcula teniendo en cuenta la esperanza de vida, el PIB per cápita, la tasa de matriculación y la de alfabetización-, que es parecido, como asimismo no es dispar el que mide el grado de desigualdad, el coeficiente de Gini.

No deberíamos omitir, para no dejar incompleta esta sucinta descripción de lo que bien podría calificarse como una historia paralela de éxito, la referencia al fuerte impacto que tuvo en ambos países la crisis financiera internacional de 2008, de la que pudieron librarse antes nuestros amigos asiáticos pero que ha dejado en todas las sociedades desarrolladas una huella de incertidumbre sobre la posibilidad de seguir avanzando, a ritmos semejantes a los del pasado, por la senda de un crecimiento económico inclusivo, que ya no cabe concebir, por cierto, sino conciliándolo con la lucha, de dimensión inevitablemente global, contra el cambio climático y sus consecuencias. Ese desafío también lo compartimos.

Pues bien, al poco tiempo de hacerme cargo de la presidencia del Gobierno de España, y de comenzar a desplegar nuestra política exterior, ya apreciamos el interés por fortalecer los vínculos con un país del continente asiático con el que por su tamaño, creciente peso económico y papel internacional, con interesantes rasgos propios y planteamientos convergentes con los nuestros (acerca, por ejemplo, del proceso de reforma de Naciones Unidas o de la intención coreana misma de estrechar los lazos con la UE), podíamos mantener una relación equilibrada y fructífera.

En mi etapa de gobierno -a ella me voy a referir a continuación tras activar la memoria y repasar mis notas- se produjeron cuatro visitas de alto nivel entre ambos países, así como otros cuatro encuentros bilaterales de semejante entidad que tuvieron lugar con ocasión de nuestra común participación en diversos foros internacionales, en particular en el G20. Ello hace un total de ocho encuentros en los que estuve presente en representación del ejecutivo de mi país lo que da idea de que mantuvimos con Corea una relación continua a lo largo de dos legislaturas.

Que desde el principio se produjera una buena interlocución personal entre los Ministros Moratinos y Ban Ki-Moon, que visitó Madrid en junio de 2006, tras haber hecho poco antes lo propio con Seúl el entonces Secretario de Estado Bernardino León, sin duda contribuyó, como ocurre tantas veces con este factor de la llamada química personal en el ámbito de las relaciones políticas, a que esta voluntad de acercamiento comenzara a concretarse.

Y quizá convenga recordar también que unos meses antes, en agosto de 2005, se constituyera en Seúl una Asociación de Amistad parlamentaria España-Corea, y que decidiéramos que nuestro Embajador en dicha ciudad llevara también la representación ante Corea del Norte, lo que podía valorarse como un gesto positivo de apuesta por la reunificación. Por su parte, Corea contribuiría con su participación a la puesta en marcha de la Alianza de Civilizaciones. Ingresó en 2007 en el Grupo de Amigos y su Ministro de Asuntos exteriores estuvo presente en el I Foro de la Alianza, que celebramos en Madrid en enero de 2008.

El terreno estaba preparado para que se produjera el primero de nuestros encuentros al máximo nivel, la visita de Estado del Presidente Roh a España en febrero de 2007, que se inscribía en el marco de “2007 Año cultural de Corea en España” y que nos permitió suscribir diversos Memorandos de cooperación (comercial, tecnológica, turística, y de protección de información clasificada de Defensa), junto con la decisión de establecer sendas Comisiones Mixtas Económica y Tecnológica, flexibilizar la tramitación de visados y proyectar la apertura de un Instituto Cervantes en Seúl para atender una demanda de conocimiento de nuestra lengua que no ha dejado de aumentar desde entonces en el país asiático.

En noviembre de 2009, recibí al exprimer Ministro Han Seung-Soo, en condición de enviado especial de quien era a la sazón Presidente de la República de Corea desde febrero de 2008, Lee Myung-bak, al que había tenido la oportunidad de conocer en la Cumbre del G20 de Pittsburg que se había celebrado en septiembre de ese mismo año.

La visita de Han tenía mucho interés para ambas partes, porque, de un lado, acababa de rubricarse el Acuerdo de Libre Comercio entre Corea y la UE, y a la Presidencia española de esta última, que íbamos a asumir durante el primer semestre de 2010, le correspondería el impulso para dar los primeros pasos en su implementación, y, de otro, porque Corea iba a asumir a su vez la presidencia del G20 durante el referido año y España quería consolidar con su presencia en la Cumbre de Seúl su posición de invitado permanente en ese foro. Desde un principio, quiero destacarlo expresando mi agradecimiento, contamos para ello con el apoyo coreano.

Por tanto, colaboración al máximo nivel en los albores del 60 aniversario de las relaciones entre nuestros dos países, que pudimos confirmar con mutua satisfacción en un encuentro bilateral celebrado con el Presidente coreano en Davos, en enero de 2010, el año del aniversario.

Con ocasión de mi viaje a Seúl en noviembre de 2010 para asistir a la Cumbre del G20, tuve una agenda muy intensa en el país coreano. Además de las actividades y encuentros derivados de la Cumbre, participé en un acto en la sede del parlamento

coreano, la Asamblea Nacional, dirigiéndome a ella en mi condición de co-Presidente del Grupo de impulsores de los Objetivos del Desarrollo del Milenio de las Naciones Unidas, junto al Secretario General Ban-Ki-Moon. Y tuve la satisfacción de hacer público el otorgamiento de la Cruz de Carlos III al entonces Rector de la Universidad de Hankuk, el hispanista Park Chul, traductor del Quijote al coreano, y de hacerlo en la sede de la propia Universidad, que no por casualidad iba a albergar en breve una primera Aula Cervantes.

En mi último año de gobierno, en 2011, mantuve otros dos encuentros, esta vez con el Primer Ministro Kim Hwang-Sik, en enero y abril, que recuerdo también cordiales y provechosos. Él me agradeció el apoyo de España en relación con algunos serios incidentes que se habían producido con Corea del Norte y yo el trato dispensado a España por su país con motivo de la Cumbre del G20. Y acordamos diversas medidas de cooperación en materia de turismo y energías renovables.

En definitiva, y a modo de balance en lo que concierne a las relaciones España-Corea durante mi etapa al frente del Gobierno, hubo una buena conexión personal con los diversos responsables políticos del país asiático, que facilitó el enriquecimiento progresivo de nuestra cooperación bilateral, y una convergencia nítida en nuestra aproximación a los desafíos multilaterales, ya en Naciones Unidas, ya en el seno del G20, o ya en el marco de las relaciones entre Corea y la UE. Fue, verdaderamente -despojando a esta expresión de cualquier connotación de convencionalismo-, una relación de amistad. Así la recuerdo.

Por eso, después de dejar la Presidencia, he seguido con interés la evolución del país coreano. Y me alegro de que superara pronto la crisis financiera mundial de 2008 y de que haya podido culminar lo que por todos se reconoce como una de las mayores transformaciones económicas de los últimos sesenta años, pues Corea ha pasado de ser un país receptor de ayuda al desarrollo a una de las mayores potencias industriales del momento situándose, de acuerdo con los datos del Fondo Monetario Internacional (FMI), como la undécima economía mundial y la sexta mayor exportadora de mercancías.

Es conocido que Corea posee una de las industrias más avanzadas en los sectores de automoción, construcción naval e industria siderúrgica y en otros tan determinantes para el presente y para el futuro como los de dispositivos móviles, pantallas, semiconductores, baterías de litio y tecnología 5G. Y que cuenta asimismo con una buena red de infraestructuras de transporte.

Pero si hay algo en lo que la evolución de nuestros amigos asiáticos resulta particularmente envidiable es en el esfuerzo (público y privado) dedicado a la educación y al I+D, lo que les ha convertido en el país, en el primer caso, con la pobla-

ción más formada del mundo, con el 70% de sus habitantes entre 24 y 35 años en posesión de un título universitario, y, en el segundo, con el mayor ratio mundial de inversión en I+D con relación a su PIB. Son conquistas que impresionan.

En cuanto a las relaciones comerciales de Corea con la UE y con España en particular, merece destacarse, en primer término, el papel jugado por el Acuerdo de Libre Comercio, que entró en vigor en julio de 2011 y alcanzó su completa efectividad en diciembre de 2015. Se le considera el acuerdo más ambicioso implementado por la Unión Europea, además de ser el primero firmado con un país asiático, destacando por incluir un gran número de materias. Ha comportado la desaparición de las barreras arancelarias, propiciando, por mencionar un dato, que las exportaciones europeas de bienes hayan aumentado un 77% entre 2010 y 2017.

Por lo que atañe al comercio bilateral entre Corea y España, este superó en 2018 los 5.000 millones de euros, cifra que se eleva a 6.000 millones si incluimos el comercio de servicios, más del doble del que se registraba en 2004, cuando llegamos al Gobierno. La llegada de turistas coreanos a España no ha dejado de crecer. En 2018, nos visitaron casi medio millón de personas procedentes de aquel país, un 10% más que el año precedente, lo que contrasta espectacularmente con la cifra de 24.000 visitantes coreanos que se registró en 2009.

Debemos felicitarnos de que haya un interés creciente entre los coreanos por la cultura española, por nuestro patrimonio histórico y artístico, por nuestras costumbres y, cómo no, por nuestra lengua, como pone de manifiesto -tal y como constata nuestra embajada en Seúl- el aumento de las academias no regladas de enseñanza del español, las carreras de lengua española impartidas por las universidades coreanas y el mayor número de candidatos para el examen de obtención del Diploma de Español como Lengua Extranjera (DELE).

En el setenta aniversario de las relaciones diplomáticas entre Corea y España, nuestros dos países se sienten afines por el extraordinario afán de modernización que a ambos les ha guiado durante las últimas décadas, desarrollan una cooperación cultural y comercial crecientes, participan de una mirada común hacia los grandes desafíos de la globalización y, sobre todo, se profesan una mutua admiración y reconocimiento, los rasgos propios de las amistades sólidas. Sin duda, un balance del que merece congratularse.